

MI CONEJA FAVORITA

Escribo esto en mi lecho de desahuciado.

Cuando pequeño, mi primera foto fue con un conejito de verdad en mis brazos, de esos que criaba el abuelo, y le llamé "nonejo" en mi esperable y escasísimo dialecto.

Debo haber andado por los tres años.

Luego crecí y me entretuve con objetos.

Revistas de historietas, juguetes, relojes a cuerda.

A estos últimos en especial, los zambullía en la tina para que se parara el tiempo, y con mucha alevosía de mi parte debido al horrible ruido de la campanilla, sí, esa de lata que sonaba en la mañana temprano para anunciar el nuevo día y partir a la Escuela, como mi padre a su trabajo.

Olvídense de las tandas.

Esas sí que lo eran.

De hecho, si observaran mis fotos siendo adulto, en ninguna salgo con reloj y es por el trauma que esto me causó, por lo que si es necesario y en último caso, miro el teléfono celular, y listo.

Mi padre a todo esto, empleado de una firma judía, nos daba un buen pasar a mí y a mis hermanos, siete en total, y aunque vivíamos en un barrio popular cerca de la Plaza de Armas de Santiago, nuestras costumbres no distaban de la de chiquillos de orígenes un poco más cuicos para ser sinceros.

Constaba para eso la infraestructura familiar, de un vehículo para llevarnos a pasear o de vacaciones, y además de poseer unos papás que nos vestían sin descuidar detalles, preocupándose de nuestro aspecto, y en lo social principalmente.

Por ejemplo llevarnos al peluquero cada 15 días.

Y es acá cuando yo empiezo cerca de los once años a pedirle al "peluca" que no me deje tan cortos los cabellos, pues trataba de imitar a los Beatles aunque mayores que yo, pero en realidad algo imposible de cumplir cabalmente, ya que no alcanzaba el pelo ni a cubrirme la frente, cuando la mirada de mi padre iba amenazante a la del "hombre manos de tijera", que acaba por dejarme como un recluta del servicio militar.

El peluquero a todo esto, un señor ya maduro, y que cojeaba visiblemente de su pierna derecha recuerdo que siempre musitaba diría, mientras cortaba el pelo a su clientela una repetida canción, que aunque no le achuntara ni al quinto bote en inglés, el idioma de esta, lo mantenía enérgico y voluntarioso, dándole un ritmo muy productivo y artístico a su tijera.

Bueno, este peluquero de barrio, llamado Manuel, mantenía además en su salón, dos sillones, y sobre un mesa ratona, varias revistas porno para la época, como El Pingüino, Cancán, y hasta algunas extranjeras como el Play Boy. Estas por supuesto, contenían imágenes de lindas y jóvenes mujeres en ropa interior, o sin ella, y a veces luciendo trajes de baño provocativos como un helado en el verano, lo que por supuesto hacía las delicias de los clientes adultos como mi padre mismo.

Si pudiera analogarse, este era un síndrome parecido a lo que ocurre con los vulcanizadores, aquellos serviciales mecánicos, que si no tapan completamente las paredes de sus talleres con minas en pelota, no cumplen cien por ciento con su objetivo.

Nuestros papás, y tíos del barrio entonces, se daban un pláceme mirando, mientras les cortaban el “gato”, esas revistas gringas de papel cuché cuya característica principal además de las rutilantes mujerazas, era dibujarles el par de orejas de una coneja en sus cabezas, por lo que se les llamaba y recuerda hasta ahora como “conejitas Play Boy”.

Pero, de la gran cantidad de esas rutilantes rubias, y que mes a mes iban alimentando la erótica “revisteca”, había una que el mismísimo Muñoz había conservado en un cuadro y protegida de las cagarrutas de moscas por un vidrio.

Sí, era la imagen de una hermosa rubia apreciada como una joya, colgando de la pared en el lado opuesto a los sillones, pues lograba así también don Manuel, que sus clientes la admiraran a través del gran espejo frontal, sin siquiera moverse...jajajaja.

En detalle, se trataba de un rostro picarón y bello perteneciente a gringuita de unos 30 años, ni flaca ni gorda para mi manera de calificar al cuerpo femenino en ese entonces, de pechos turgentes o paraditos, vistiendo shorts rojos y en la parte superior una mojada polera amarilla, que destacaba su bella anatomía superior, ah, y asomada a un balcón.

Fue esta imagen entonces, el acábose para mí, y mira lo que son las cosas, que a mi corta edad quedé encandilado, y tanto que me olvidé de las historietas de Disneylandia y Roy Rogers para entrar de lleno a un limbo agradable por decir lo menos.

Me la imaginaba, a la ruciecita aquella por ejemplo, acompañándome camino a la Escuela, o en las tardes, a mi regreso, asomada en la ventana de la casa de una vecina copuchenta, cerrándome un ojo, y lanzándome un beso.

Fue tal la obsesión que me acometió entonces, que comencé a ir a la peluquería hasta por si acaso, y a pesar de no tener motivos, me sentaba en las tardes en la pequeña escala de acceso, y desde ahí miraba, admiraba en realidad, el cuadro aquel, amén que Muñoz debe haber pensado que yo iba a observarlo a él como cortar el pelo, y hasta se habrá imaginado que yo querría serlo cuando grande.

No se distraía mucho sí, y lo digo en beneficio de sus clientes, pues de haberlo hecho, capaz que se hubiera quedado con la oreja de alguno de ellos en su mano, navaja de por medio.

Bueno, este nítido pasaje de mi vida duró alrededor de dos años , los que alimenté con mi ilusión, acompañando inexorablemente a mi padre a "encacharse" su pelo, y fui además desde ese momento e inexplicablemente para el entorno, un fanático del estilo regular-corto, un pretexto en realidad para ir más seguido al salón y extasiarme con la bonita chiquilla.

Ahí confieso, nacieron mis primeras fantasías eróticas, experimentando también "asomadizas" excitaciones.

Luego, debí arreglármelas para contenerme o darles alivio a ellas bajo mis sábanas frenéticamente, ufffff, una costumbre que de haberla sabido mis progenitores o aún más, mis abuelos o mi Profe Natalia, me habría costado no tan solo un coscacho.

Bastaba ver entonces tijeras, oler colonia o toparme con una mujer parecida en mi difareo, para al instante ponerme cachondo como llamaba el coño de la panadería del barrio, a ese estado erótico.

Se trataba por otra parte de una auténtica pasión infantil, y tanto, que la música que siempre escuchaba Muñoz, en su radio Telefunken, de moda por ese tiempo, la pegajosa "Te llevo bajo mi piel" la tarareaba yo ahora y todo el día tal como él, imaginándome que hasta bailaba con mi propia "Conejita Play Boy".

Pero la melodía era siempre la misma : "Te llevo bajo mi piel".

En resumen, fue una locura esta etapa de mi vida, y si hubiera escrito en aquella época, creo que mi texto habría andado a la altura de lo que le ocurrió a "El niño que enloqueció de amor", libro de Eduardo Barrios.

Bueno, no contento con dicha experiencia virtual, es que ya teniendo uso de razón, incluso habiéndonos cambiado de barrio y sin adelantos a la sazón como Internet ahora, me di a la tarea, ya de unos 14 años, a ubicar en las librerías de viejo de calle San Diego, ejemplares de "Play Boy", lo que todavía era visto con malos ojos por los adultos, ya que los cabros en su mayoría llegaban hasta allí tras libros de Verne o Papelecho, recomendados por sus profes.

Y resulta que cierto día dí con la portada aquella , y a pesar que mi "enamorada virtual" para la época lucía semi arrugada de tanto ser admirada y ojeada u hojeada, me dio lo mismo.

Entonces, y por unos buenos escudos, nada de barata por lo demás, adquirí la publicación.

La atesoré nerviosamente entonces, y luego de esconderla aprehensivamente en mi bolsón escolar, apenas regresé a casa, y encerrado en el baño, leí el nombre de la diva : "Bárbara".

Acto seguido, frenéticamente, besé su fotografía manoseada y hasta amarillenta, presa de mis ramaladas lascivas y tanto, que en homenaje a ella llegué al clímax varias veces a bordo de la parte alta de mi litera, mientras mi hermano menor roncaba en la parte inferior, seguramente creyéndose un cowboy de las praderas.

Por mi parte, escondí la revista de mis padres y hermanos menores, en la parte superior del closet dentro de un viejo Atlas, tal como un tesoro.

Nunca desde ahí, dejé de recurrir a la vieja y manoseada revista, y verla a Bárbara, era como hacerlo con una polola de carne y hueso.

De hecho, siempre la evoco, y hasta ahora.

Hoy, por ejemplo, víctima de un cáncer terminal, me alivia la carga y dolores su recuerdo.

Pero, y no me van a creer, que a cincuenta años de aquello, me propuse en mi cama hospitalaria, una tarea nuevamente, y fue tratar de averiguar en publicaciones por Internet, el destino de aquella, mi propia odalisca.

Así fue como escribí al apartado virtual de la revista Play Boy, y me enteré que su creador, Hugh Hefner, seguramente también “descubridor” de Bárbara, falleció hace algunos años, aunque el comité que le sobrevivió, a la manera tan asertiva y ética de los periodistas gringos me respondió en una atenta misiva, y aunque se demoró en llegar, pude leerla mientras mi enfermedad avanzaba a paso acelerado.

Bien, me informaba el redactor de esta carta, que Miss January, la conejita aquella, y cuyo nombre verdadero era Leyla Smith de 28 años, “conejita del mes”, aquel de la revista, luego de haber formado parte del “equipo-hárem” de Hefner por algunos años, intentó actuar en alguna película holywoodense sin resultados, casándose finalmente con un jeque petrolero, y muriendo a la edad de 50 años en el naufragio del yate de su esposo.

Bueno, me las lloré todas, y ahora, aunque mi familia de acuerdo a los pronósticos médicos espera mi partida no con poca pena, y coincidentemente suena en la habitación de al lado en Cirugía Oncológica del Hospital una radio FM que lanza al aire a la hora crepuscular de los recuerdos, precisamente "Te llevo bajo mi piel", que cantaban con mucho éxito en los sesenta Frankie Vallie y Los Four Seasons, (en su idioma original "I get under on my skin") coincidentemente por cierto, asocié que se trataba de la muy recurrida melodía que también escuchaba a cada rato el cojo peluquero...

Sin embargo no es todo, pues me percaté ya en mis últimos afanes, que la enfermera designada por orden del médico a administrarme el fármaco, que quizás me haga dormir para siempre esta noche y sin dolor, se llama, según su piocha de identificación, Bárbara.

Misterios de la vida y de la muerte.

En una de esas se trata de un dejavú. (Fin).